



José Eduardo
Agualusa El vendedor
de pasados



Félix Ventura es un personaje peculiar. Además de ser albino, ha escogido un extraño oficio: vendedor de pasados falsos. Después de años de guerra, sus clientes —prósperos empresarios, políticos, generales y la emergente burguesía angoleña— tienen un futuro prometedor. Así que sólo les falta un pasado presentable. Félix les fabrica una genealogía de lujo, memorias felices, e incluso les procura los inevitables retratos de ancestros ilustres. Una noche llega un misterioso extranjero solicitando sus servicios y, de pronto, el pasado irrumpe en el presente en una trama que es también una originalísima novela negra en la que nadie es lo que parece y empiezan a ocurrir hechos imposibles.

Una sátira feroz, divertidísima, pero también esperanzada. Una novela que es también una reflexión sobre la construcción de la memoria y sus equívocos, acerca de cómo podemos recordar cosas que nunca sucedieron y olvidar, sin concesiones, lo sucedido. Una novela contada por un insólito narrador, irónico y extraordinariamente perceptivo, que haría las delicias del mismísimo Jorge Luis Borges.



José Eduardo Agualusa

El vendedor de pasados

ePub r1.0

Titivillus 08.02.2017

Título original: *O vendedor de passados*
José Eduardo Agualusa, 2004
Traducción: Rosa Martínez Alfaro
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Si tuviera que nacer otra vez
escogería algo totalmente diferente.
Me gustaría ser noruego. Quizá persa.
Uruguayo no, porque sería como cambiar de barrio.

JORGE LUIS BORGES

La casa

La casa vive. Respira. La oigo suspirar toda la noche. Las gruesas paredes de adobe y madera están siempre frescas, incluso cuando, en pleno mediodía, el sol silencia los pájaros, azota los árboles, derrite el asfalto. Me deslizo a lo largo de ellas como un ácaro por la piel del huésped. Siento, si las abrazo, un corazón que late. Será el mío. Será el de la casa. Poco importa. Me reconforta. Me transmite seguridad. La vieja Esperança trae a veces a uno de sus nietos más pequeños. Los transporta a la espalda, bien sujetos con una tela, según el uso secular de la tierra. Hace todo su trabajo así. Barre el suelo, quita el polvo de los libros, cocina, lava la ropa, plancha. El bebé, con la cabeza pegada a su espalda, siente el corazón y su calor, se cree de nuevo en el útero de la madre, y duerme. Tengo con la casa una relación semejante. Al atardecer, ya lo he dicho, me quedo en la sala de visitas, pegado a las vidrieras, viendo morir el sol. Después de que caiga la noche deambulo por las diferentes dependencias. La sala de visitas comunica con el jardín, estrecho y mal cuidado, cuyo único encanto son dos gloriosas palmeras imperiales, muy altas, muy altivas, que se yerguen una en cada extremo vigilando la casa. La sala está unida a la biblioteca. De ésta se pasa al pasillo a través de una puerta ancha. El pasillo es un túnel hondo, húmedo y oscuro, que permite el acceso al dormitorio, al comedor y a la cocina. Esta parte de la casa da al patio. La luz de la mañana acaricia las paredes, verde, suave, filtrada por las altas ramas del aguacate. Al final del pasillo, a mano izquierda según se entra, viniendo de la sala, se alza con esfuerzo una pequeña escalera de tres peldaños quebrados que lleva a una especie de buhardilla que el albino frecuenta poco. Está llena de cajas de libros. Yo tampoco voy allí muchas veces. Hay murciélagos que duermen en las paredes, cabeza abajo, envueltos en sus capas negras. Ignoro si los geos forman parte de la dieta de los murciélagos. Prefiero seguir sin saberlo. El mismo motivo — ¡el terror! — me impide explorar el patio. Veo, desde las ventanas de la cocina, del comedor o de la habitación de Félix, cómo la hierba crece, bravía, entre los rosales. Un inmenso aguacate se levanta, frondoso, precisamente en el centro del patio. Hay también dos nísperos, altos, cargados de frutos, y una buena docena de papayos. Félix cree en el poder regenerador de las papayas. Un muro alto cierra el jardín. La cima del muro está recubierta por cascotes de vidrio de diversos colores pegados con cemento. Desde aquí, desde donde los veo, me recuerdan dientes. Este feroz artificio no impide que, de vez en cuando, algunos niños salten el muro y roben aguacates, nísperos y papayas. Colocan una tabla en el muro y después levantan el cuerpo. Me parece una tarea demasiado arriesgada para tan escaso provecho. Quizá no lo hagan para probar las frutas. Creo que lo hacen para probar el riesgo. Quizá mañana, el riesgo les sepa a nísperos maduros. Imaginemos que uno de ellos llegue a hacerse zapador. En este país no falta trabajo para los zapadores. Aun ayer vi, en la televisión, un reportaje sobre el proceso de desminado. Un dirigente de una organización no gubernamental lamentó la incertidumbre de los números. Nadie sabe, a ciencia cierta,

cuántas minas se enterraron en el suelo de Angola. Entre diez y veinte millones. Probablemente haya más minas que angoleños. Supongamos, pues, que uno de esos niños se haga zapador. Siempre que rastree un campo de minas le vendrá a la boca el remoto sabor de un níspero. Un día se enfrentará a la inevitable pregunta, lanzada, con una mezcla de curiosidad y horror, por un periodista extranjero:

—¿En qué piensa cuando desactiva una mina?

Y el niño que todavía lleva dentro responderá sonriendo:

—En nísperos, colega.

La vieja Esperança, por su parte, cree que son los muros los que engendran ladrones. Oí que se lo decía a Félix. El albino la miró a la cara, divertido:

—¡Pero si hay una anarquista en casa! Dentro de poco la sorprende leyendo a Bakunin.

Dijo esto y no le prestó más atención. Ella nunca ha leído a Bakunin, claro; de hecho, nunca ha leído libro alguno, apenas si sabe leer. Con todo, estoy aprendiendo muchas cosas de la vida, en general, o sobre la vida en este país, que es la vida en estado de embriaguez, oyéndola hablar a solas, ahora murmurando dulcemente, como quien canta, ahora en voz alta, como quien reprende, mientras arregla la casa. La vieja Esperança está convencida de que no morirá nunca. En 1992 sobrevivió a una masacre. Había ido a casa de un dirigente de la oposición a buscar una carta de su hijo más pequeño, de servicio en Huambo, cuando irrumpió (desde todas partes) un fuerte tiroteo. Insistió en salir de allí, quería regresar a su barrio, pero no la dejaron.

—Es una locura, vieja, haga como si lloviera. Dentro de poco parará.

No paró. El tiroteo, como un temporal, fue haciéndose más fuerte, más cerrado, fue creciendo en dirección a la casa. Félix me contó lo que pasó aquella tarde:

—Llegó una tropa bulliciosa, una pandilla de amotinados bien armados, muy bebidos, entraron en la casa a la fuerza y apalearon a todo el mundo. El comandante quiso saber cómo se llamaba la anciana. Ella le dijo, «Esperança Job Sapalalo, señor», y él se rió. Se burló de ella, «Esperança será la última en morir». Alinearon al dirigente y a su familia en el patio de la casa y los fusilaron. Cuando llegó el turno de la vieja Esperança no quedaban más balas. «Lo que te ha salvado», le gritó el comandante, «ha sido la logística. Nuestro problema siempre es la logística». Después mandó que se fuera. Ahora ella se cree inmune a la muerte. Quizá lo sea.

No me parece imposible. Esperança Job Sapalalo tiene una fina tela de arrugas en el rostro, el pelo completamente blanco, pero mantiene las carnes duras y los ademanes firmes y precisos. En mi opinión es la columna que sustenta esta casa.

Entre la vida y los libros

De niño, mucho antes de aprender a leer, me pasaba horas en la biblioteca de nuestra casa, sentado en el suelo, hojeando gordas enciclopedias ilustradas mientras mi padre componía arduos versos que después, muy sensatamente, destruía. Más tarde, ya en el colegio, me refugiaba en la biblioteca para huir de los juegos, siempre brutales, con los que los chicos de mi edad se entretenían. Fui un niño tímido, canijo, un blanco fácil de las bromas de los otros. Crecí —crecí incluso un poco más de lo común—, gané cuerpo, pero seguí retraído, contrario a las aventuras. Trabajé durante unos años como bibliotecario y creo que en aquella época fui feliz. Después de eso he sido feliz, incluso ahora, en este pequeño cuerpo al que he sido condenado, mientras acompaño, en una u otra novela mediocre, la felicidad ajena. En la gran literatura son raros los amores felices. Sí, todavía ahora sigo leyendo. Recorro los lomos al atardecer. Me entretengo, por la noche, con los libros que Félix deja abiertos, olvidados, en la mesilla de noche. Echo de menos, no sé bien por qué, *Las mil y una noches* en la versión inglesa de Richard Burton. Debía de tener ocho o nueve años cuando la leí por primera vez, a escondidas de mi padre, porque en aquella época era todavía una obra obscena. No puedo regresar a *Las mil y una noches*, pero en contrapartida estoy descubriendo nuevos escritores. Me gusta, por ejemplo, Coetzee, el bóer, por la aspereza y la precisión, la desesperación sin indulgencia. Me sorprendió saber que los suecos galardonaran una obra tan buena.

Me acuerdo de un patio estrecho, de un pozo, de una tortuga durmiendo en el fango. Se oía el bullicio de personas más allá de las rejas. Aún recuerdo las casas, bajas, hundidas en la fina luz (como en la arena) del crepúsculo. Mi madre estaba siempre a mi lado, una mujer frágil y feroz, enseñándome a recelar del mundo y de sus innumerables peligros.

—La realidad es dolorosa e imperfecta —me explicaba—. Ésa es su naturaleza y por eso la distinguimos de los sueños. Cuando algo nos parece muy bonito pensamos que sólo puede ser un sueño y entonces nos pellizcamos para tener la seguridad de que no estamos soñando. Si duele es porque no estamos soñando. La realidad hiere, incluso cuando, por momentos, nos parece un sueño. En los libros está todo lo que existe, muchas veces con colores más auténticos y sin el dolor verídico de todo lo que realmente existe. Entre la vida y los libros, hijo mío, elige los libros.

¡Mi madre! A partir de ahora la llamaré sólo Madre.

Imaginaos a un chico corriendo en moto por una carretera secundaria. El viento le golpea la cara. El chico cierra los ojos y abre los brazos, como en las películas, sintiéndose vivo en plena comunión con el universo. No ve el camión que irrumpe en el cruce. Muere feliz. La felicidad es casi siempre una irresponsabilidad. Somos felices durante los breves instantes en que cerramos los ojos.